

PREDICACIÓN AL SIGUIENTE NIVEL

EL ARTE
DE COMPARTIR
MENSAJES
QUE IMPORTAN

**ANDRÉS
SPYKER**

ESTEBAN GRASMAN

JESIAH HANSEN

e625.com

e625.com

Predicación al siguiente nivel

Andrés Spyker

Publicado por especialidades625® © 2021
Dallas, Texas.

ISBN 978-1-946707-45-1

Todas las citas bíblicas son de la Nueva Biblia Viva (NBV) a menos que se indique lo contrario.

Editado por: Marcelo Mataloni

Diseño de portada e interior: Creatorstudio.net

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.
IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS.

Dedicatoria

Quiero dedicar este libro a mis padres, Juan y Marla Spyker.

Papá, mamá: ustedes creyeron en mí y me dieron las oportunidades; incluso me obligaron a predicar, aun cuando yo no creía que podía hacerlo. Siempre vieron algo en mí que ni yo ni nadie más veía. Hasta el día de hoy me celebran cuando predico y siguen viendo más potencial del que yo puedo ver. Gracias por orar por mí, por amarme y por modelar una vida de amor y servicio genuino para Dios y las personas. Siempre será un orgullo ser llamado el hijo de *Juan y Marla Spyker*.

Agradecimientos

A Kelly, mi esposa. Cada vez que predico me dices que fue increíble; cada vez que fracaso, me levantas. Me has enseñado la importancia de contar historias y celebrar los detalles. Me has inspirado a ir a nuevos niveles en mi predicación. Sin tu amor, tus enseñanzas y tu paciencia no sería un predicador... así de sencillo. Te amo.

A Jared, Lucas y Sofía, mis hijos. Antes de predicar a una multitud siempre he querido enseñarles la Biblia, y ustedes son los mejores alumnos: siempre haciendo preguntas, siempre queriendo aprender. Enseñarles a ustedes la Biblia ha sido la escuela de Dios para enseñarme a mí cómo explicar las Escrituras a los demás, y ser su padre ha sido mi campo de entrenamiento para poner en práctica lo que aprendo en la Biblia. Los amo demasiado.

A Pablo Johansson, mi pastor. Si tuviera que explicar su manera de vivir y predicar sería: el cielo en la tierra. Siempre tiene una perspectiva profética, bíblica y celestial, y siempre la expone con una franqueza, un humor, una confianza y una compasión tan humanos, tan cercanos, tan reales. Durante mi primer año como pastor principal usé sus prédicas porque no sabía qué tema tratar, y hasta el día de hoy me da enseñanzas que uso al predicar. Gracias por tanto.

A Bob Sorge, uno de mis más queridos mentores. De usted aprendí la importancia de estar en la presencia de Dios, de meditar y meditar, de conversar con Dios lo que leo, de ir más allá de lo aparente y de tener un peregrinaje y una historia de amor con Dios. Gracias por modelar una vida de compromiso y amor a Jesús como pocos en el mundo.

A Más Vida, la iglesia donde servimos. ¡Gracias! Al pensar en ustedes, tengo gozo y lágrimas de alegría. Han sido tan pacientes, han escuchado mis peores prédicas y han sido testigos de todas mis etapas: inexperto, legalista, arrogante, tímido y aprendiz, y nos han mostrado honor y amor constantes durante todos estos años. Con ustedes aprendí a servir a Jesús, a amar como Jesús y a predicar a Jesús. Los amo.

A todos los predicadores que he imitado, estudiado y admirado a lo largo de los años: gracias por invertir tanto en darnos una palabra de parte de Dios, gracias por su transparencia y excelencia.

A nuestro equipo de trabajo para este libro: a Danielle Miranda, por siempre coordinar todo para que las cosas sucedan; a Evangeline O'Regan, por traer claridad de pensamiento y agilizar el proceso; y a Mars Servín, por ayudarme a encontrar las palabras correctas y asegurar la integridad del libro. Gracias por dar lo mejor de ustedes.

A Jesiah Hansen y Esteban Grasman, por escribir los pop-ups de comentarios en este libro. Tuvieron que leerlo todo e invertir tiempo considerable agregando sus ideas, ejemplos, opiniones y humor; no habría sido lo mismo sin ustedes. Han hecho de esta obra un mejor libro, tal como su amistad me ha hecho una mejor persona. Gracias.

A Lucas Leys, por impulsarme a escribir un libro. Había querido hacerlo por años, y tú no dejaste de presionarme (en buena onda, claro) hasta que tuve que aceptar; gracias porque tu insistencia terminó de animarme a hacerlo. Valoro mucho todo tu esfuerzo por crear material relevante para la iglesia.

Y, sobre todo, al que me llamó, me capacitó y me ha sostenido; a mi salvador, al autor y perfeccionador de mi fe, a quien sirvo y predico: Cristo Jesús, mi Señor. GRACIAS. Te doy toda la gloria.

.....
.....



Contenido

Prólogo de Andrés Corson	12
Intro	15
1- Predicar: un arte, una profesión, un llamado.....	18
2- Tipos de comunicación bíblica.....	22
3- Tipos de predicación	38
4- ¿Sobre qué predico? Eligiendo el contenido correcto.....	46
5- La importancia de cómo decirlo.....	61
6- Si tengo un mapa, ¿para qué necesito al Espíritu Santo?.....	80
7- El mapa.....	85
Presentación y propósito.....	85
Pasaje bíblico y título.....	86
Historia de introducción	89
Explicación del pasaje.....	94
Idea principal.....	97
Tensión	99
Remate	104
Aplicación.....	107
Inspiración.....	113
Llamado.....	117
8- Siempre hay un mapa.....	124
9- Transiciones.....	128
10- Un tono de gracia.....	134
11- El trabajo del Espíritu Santo.....	152
12- El dilema de la identidad.....	155
13- Todos tenemos <i>un</i> mensaje.....	162
14- La encomienda sagrada.....	165
Apéndice: Bosquejos de mensajes.....	169
Bosquejo 1 - ¿Cómo eliminar relaciones tóxicas?.....	169
Bosquejo 2 - Meditación que da paz.....	174
Bosquejo 3 - Un Espíritu pionero.....	179
Bosquejo 4 - Plantados bajo cemento.....	183
Bibliografía y recursos.....	189

Prólogo

Andrés Spyker está en mi listado de predicadores favoritos, por eso cuando supe que iba a escribir un libro sobre cómo predicar, pensé: «Ese es un libro que todo comunicador debe leer».

Recuerdo que en una ocasión, cuando él vino a predicar a la iglesia, uno de nuestros pastores le pidió sus secretos para predicar y nos los dio todos; desde ese día esos principios nos han ayudado a ser mejores predicadores. Esos principios están en este libro así que si quieres ser un gran comunicador, sin duda debes leerlo.

Andrés es hijo de pastor y por eso estoy seguro de que, al igual que yo, desde muy niño tuvo que oír muchos sermones largos y aburridos. Esto hizo que algunos hijos de pastores se rebelaran, pero Dios usó esas experiencias para darnos una insatisfacción santa que nos llevó a tener iglesias contemporáneas que le llegan a la nueva generación con mensajes coloridos como en *Instagram* y breves como en *Twitter*; precisamente de eso nos habla Andrés.

Pero además de interesantes, nuestros mensajes deben ser:

1. **RELEVANTES.** Tenemos que responder las preguntas de la gente: ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cuándo? Tenemos que predicar a sus necesidades: depresión, soledad, desempleo, enfermedad, problemas en el hogar... Y esa es una de las ventajas de la predicación temática.

2. **TRANSPARENTES.** Un predicador no es alguien superior a los demás, sino una persona que tiene el don de predicar y autoridad porque tuvo un cambio de vida, fue liberado de sus hábitos pecaminosos, ha vencido sus demonios y su vida tiene fruto. Una persona así es transparente y la gente se identifica con ella. Andrés dice: «Para discipular es necesario abrir tu vida» y un gran ejemplo de predicación transparente es su mensaje: «El plan dentro del plan».
3. **PRÁCTICOS.** Las personas deben salir de nuestras prédicas desafiadas a cambiar, y sabiendo qué hacer y cómo hacerlo. «¿Qué quiero que hagan?», es la pregunta que se hace Andrés para llevarnos a la acción.
4. **BÍBLICOS.** Es obvio, pero lo tengo que mencionar porque muchos ya no predicán lo que la Biblia dice sino lo que la gente quiere oír. Las personas todo el tiempo están siendo bombardeadas en el mundo por un mensaje anticristiano que promueve el pecado, por eso cada vez que tengamos la oportunidad, prediquemos: «La Biblia dice...».
5. **NUESTROS MENSAJES NO PUEDEN SER SELECTIVOS.** No podemos predicar solo lo que nos gusta, tenemos que predicar toda la Biblia. Nos gusta predicar acerca de las bendiciones de Dios, pero todas las promesas tienen condiciones. Nos gusta predicar del poder del Espíritu Santo, pero tenemos que balancear ese mensaje con el fruto del Espíritu. Nos gusta predicar acerca de la gracia de Dios, pero la cruz es un mensaje de gracia y de justicia; somos salvos por gracia, pero el precio que Jesús tuvo que pagar por nuestro pecado fue la muerte, «la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús» (Romanos 6:12 NVI). La ventaja de la predicación expositiva o «expositópica», como la llama Andrés, es que nos

obliga a predicar todo el pasaje bíblico y no solo los versículos que nos agradan o nos convienen. Nos gusta dar mensajes que levantan y animan a las personas, pero ¿cuál es el mensaje que Dios quiere que prediquemos hoy? En el tiempo de Jeremías Dios confrontó a los profetas por dar falsas esperanzas y contar visiones cuando debían predicar arrepentimiento, por eso él les dice que si hubieran pasado tiempo en lo secreto, es decir, en el lugar de oración, habrían predicado las palabras de Dios y eso hubiera hecho que el pueblo se apartara de su mal camino y de sus malas acciones (Jeremías 23:22).

Muchos anhelan predicar y estoy seguro de que con los consejos prácticos de este libro se levantarán grandes predicadores, pero predicar no es solo un privilegio sino una responsabilidad.

Andrés Corson

*Pastor fundador de El Lugar de Su Presencia,
Bogotá, Colombia.*

Intro

No soy predicador, pero nací para predicar.

Por muchos años, una y otra vez, le pregunté a Dios: «¿Por qué me has llamado a servir predicando, si no soy un predicador?». Creía esto con mucha firmeza, porque era muy malo para predicar; de hecho, mis primeros años fueron muy difíciles.

Al salir del instituto bíblico, a mis 22 años me convertí en el pastor de jóvenes en la iglesia que fundó mi papá, Juan Spyker. El grupo comenzó a crecer y me di cuenta de la importancia de lo que estaba enseñando y predicando. Entonces, un día saqué mis notas de la clase de hermenéutica (el arte de explicar o interpretar) del instituto, unas cuantas más de homilética (el arte de predicar) y empecé a «armar» mis mensajes; a veces salían bien, pero la gran mayoría salían muy mal.

Después empezaron a pedirme que predicara los domingos, tanto en la iglesia principal como en otras de las iglesias afiliadas. Desde la plataforma podía ver a unos dormirse y a otros pararse a mitad de la prédica y salir del auditorio; algunos movían su cabeza — literalmente— como diciendo: «No es correcto lo que dices». La única que me decía que había predicado bien era mi esposa, Kelly. Suelo decir en broma que cuando predicaba los oyentes, en lugar de hacerse cristianos, se hacían ateos, y aunque, en efecto, es una broma, en ese tiempo yo lo percibía en mi mente como una realidad.

Me sentía totalmente fracasado. Veía a otros predicadores del equipo, observaba la manera en que hablaban, conectaban con la audiencia, explicaban la Biblia, contaban historias, integraban humor, etc., y la cantidad de nuevos cristianos al final de sus prédicas era increíble. Además, mi papá y mi mamá son excelentes predicadores, personas realmente ungidas y con gran talento; entonces, al comparar mis prédicas con las de todos ellos, mi conclusión invariablemente era: «Yo no soy predicador». Estaba tan convencido de esto que un día le dije a mi papá —que, por cierto, también era mi pastor y mi jefe de trabajo—: «Por favor, ubícame en cualquier área de la iglesia para servir, la que sea, pero que no requiera predicar. He llegado a la conclusión de que no soy predicador, pero sí quiero servir a Dios como pastor. Solamente no me pidas predicar». Entonces fui enfocándome más en el área administrativa de la iglesia... y yo, feliz.

Un día, mi papá me dice que no tiene predicador para el siguiente domingo en una de las iglesias, que nadie más del equipo está disponible y que yo soy la única opción. Le dije que yo ya no predicaba, que lo sentía mucho, y entonces me dijo: «Pues mira, soy tu jefe, y lo siento mucho más que tú, pero tienes que predicar este domingo». No tuve alternativa, así que me puse a orar y estudiar. Le dije a Dios: «Pues no soy predicador, pero en obediencia tengo que predicar este domingo, así que tienes que ayudarme». Y así lo hizo. Ese domingo muchas personas se reconciliaron con Cristo, y hasta sanidades ocurrieron durante el mensaje. Sentí entonces que Dios me habló muy claro, diciéndome: «Quizás tú no te ves como predicador, pero naciste para predicar». En ese momento entendí que para predicar se requiere más que talento, se requiere un llamado, y que si tienes el llamado pero no tienes mucho talento, necesitas desarrollar tu poco talento para ejercer con la mayor excelencia posible el llamado que Dios te ha encomendado.

Me determiné a aprender a comunicar mejor; si esto iba a ser parte de mi llamado y servicio a Dios, quería darle lo mejor.

Empecé a estudiar a otros predicadores, a tomar notas de sus mensajes y de cómo los desarrollaban; hacía muchas preguntas a los buenos predicadores del equipo pastoral; entrevistaba a cada predicador que venía a la iglesia. De hecho, por un tiempo copié el estilo de prédica de otros predicadores (hasta sus inflexiones de voz), y a veces incluso copiaba el mensaje tal cual (claro, con resultados muy pobres, pero luego hablaré más acerca de esto). Leí libros, consulté manuales y... practiqué, practiqué, practiqué y practiqué.

Hoy en día me causa gracia —e incluso cuando lo escucho no lo creo— que personas digan que soy buen predicador, o que otros pastores usen mis enseñanzas como base para sus propias predicaciones. Pero, aun a pesar de mí mismo, en los últimos años he tenido que aceptar que además de haber nacido para predicar, en verdad también soy un predicador.

Lo que voy a compartir contigo en este libro resume años de estudio, aprendizaje y experiencia en la predicación, y me alegra tanto que mis amigos Esteban Grasman y Jesiah Hansen enriquezcan mi trabajo con sus comentarios. Sé lo que significa tener que aprender a predicar sin ser un comunicador nato, y por eso los principios e ideas que aquí vamos a estudiar pueden ayudar a todo tipo de comunicador: quizás eres maestro o líder de un equipo de voluntarios o de un grupo pequeño; quizás tu profesión exige que hables en público o tan solo tienes deseo de aprender a comunicar mejor; quizás quieres ser *youtuber* o algo por el estilo. Sea cual sea el caso, al final de cuentas predicar también es comunicar, y es mi opinión que la comunicación moderna derivó de los predicadores y maestros de la Biblia, por lo que, desde mi perspectiva, la predicación es la base de la comunicación pública.

Es mi más profundo anhelo que Dios use este libro para ayudarte a dar un paso más hacia la efectividad en el llamado que ha puesto sobre ti.

1

Predicar: un arte, una profesión, un llamado

Predicar, sin duda, es las tres cosas: un arte, una profesión y un llamado, pero primeramente la predicación es un llamado. Es más que comunicar, ya que cuando predicas comunicas, pero cuando comunicas no necesariamente estás predicando. Hay grandes comunicadores que no son predicadores; los hay cristianos, ateos y de cualquier otra religión, ideología o postura filosófica, pero predicar o ser un predicador del Evangelio tiene, ineludiblemente, el fundamento de ser un llamado de parte de Dios.

Tener el llamado a predicar significa, entonces, que puedo desarrollar el arte de predicar y también puede ser mi profesión, puede ser aquello a lo que me dedico al ciento por ciento, pero lo que no es posible es ser predicador solo porque me interesa la profesión, o porque me llama la atención el arte de predicar; eso es querer usar la predicación para mi beneficio, y la predicación existe para el beneficio del reino de Dios y la propagación del Evangelio. Debe tener una base de pureza.

El arte del sermón es una práctica y tradición antigua. No es una ciencia ni solamente comunicación, es un arte. Nace de un lugar de amor, pasión, duda, cuestionamientos, humanidad y divinidad. Tiene ímpetu, gozo, incertidumbre, dolor, emoción, creatividad... tiene fuego, como lo describe el profeta Jeremías (20:9). Es un arte en toda la extensión de la palabra.

Esteban Grasman

Predicar: un arte, una profesión, un llamado

Les escribe Pablo, sirviente de Jesucristo, llamado y enviado para predicar las buenas noticias de Dios.

Romanos 1:1

Me encanta esta traducción: «llamado y enviado para predicar». Esta afirmación hace toda la diferencia del mundo. Cuando tienes un llamado haces lo que haces porque estás obedeciendo el propósito de Dios; no tiene que ver con las opiniones de la gente, con lo que está de moda, con tus metas personales o profesionales, con un mecanismo para ser visible y popular, nada de eso. En cambio, tiene todo que ver con el hecho de que Dios te ha apartado para este propósito.

Si bien creo que los principios contenidos en este libro pueden ayudar a todos los que comunican —dentro y fuera de la iglesia—, quiero dejar en claro que predicar el Evangelio es un llamado, y debes estar convencido de ese llamado, dispuesto a morir

**PREDICAR, SIN DUDA,
ES LAS TRES COSAS: UN ARTE,
UNA PROFESIÓN Y UN LLAMADO,
PERO PRIMERAMENTE
LA PREDICACIÓN ES UN LLAMADO**

para cumplir tu propósito, a hacerlo donde sea que Dios te mande, a usar de tus propios recursos para lograrlo; debes ejercerlo con cinco personas o con cinco mil, en una gran ciudad o en un pueblo desconocido, en los medios de comunicación o uno a uno. A veces recibirás un salario por predicar, y a veces ni siquiera las gracias.

Predicar no es una «carrera viable», es un llamado a anunciar el Evangelio de Cristo Jesús. No es un camino al éxito; es más, en ocasiones parecerás un fracasado a los ojos de quienes te ven desde fuera, pero te lo digo de nuevo: predicar no puede ser simplemente un arte o una profesión *sin* ser un llamado.

Pablo se describe a sí mismo como un sirviente de Jesucristo, sujeto a lo que él diga. Lo mismo ha sucedido conmigo. Te aseguro que, si me dieran a elegir, no estaría predicando, pero no hago esto por elección personal sino que lo hago por servir al llamado que Dios me ha dado, y con la pasión y la entrega de las que él es digno. Y ahora que he aprendido a comunicar, me gusta hacerlo; quizás en otras circunstancias incluso trabajaría profesionalmente en algo que requiera comunicación y leería este libro para enriquecer mi conocimiento y experiencia al respecto.

¿Notaste lo que acabo de decir? Sí se trata de comunicar y de aprender a hacerlo con excelencia (estudia, practica, dedícate, haz lo que haces siempre para Dios y da lo mejor), pero *predicar* es otra cosa.

Cuando predicas eres una voz en el desierto, eres la voz de Dios en la tierra, y el diablo quiere callar esa voz con todas sus fuerzas. Serás atacado, tentado, criticado, despreciado, probado; sin embargo, cuando tienes un llamado a predicar, sabes que el nombre de Jesús es más valioso que cualquier sufrimiento que puedas enfrentar. Por otro lado, así como eres atacado, también Dios te protege, te bendice, te levanta y te fortalece; también es sublime la recompensa de ver a personas volver a Dios y saber que Dios usó tu voz —¡sí, tu voz!— para reconciliar a la humanidad con su Creador. ¡Guau! ¡Qué honor, qué privilegio!

En la Biblia Dios usó muchas voces diferentes: las voces de jóvenes y ancianos, mujeres y hombres, ricos y pobres, letrados y no letrados, influyentes y olvidados. Rechazó la idea de que la predicación del Evangelio pertenece a un «perfil único» de persona, ya que es para todo aquel a quien Dios quiere usar y que esté disponible para su llamado. Aunque es más común ver a hombres predicando en la plataforma de una iglesia o dando clases de Biblia, la realidad es que también hay mujeres llamadas a predicar y que lo hacen de forma maravillosa. Algunos escogen un par de versículos en la Biblia para decir que la mujer no debe predicar, pero ese es un pasaje tomado fuera del contexto cultural; aun así, si estudias todo el consejo bíblico en cuanto a las mujeres, verás que Dios usa mujeres para predicar, enseñar,

cantar, profetizar, liderar, emprender y mucho más.

De la misma manera, Dios usa una variedad de trasfondos, rasgos, personalidades, estilos y cualidades para hacer llegar el mensaje de su Palabra a la humanidad, por lo que, aun cuando no tengas un «perfil cultural común de predicador», Dios puede usarte para predicar, y en este libro encontrarás herramientas para crecer en ese llamado. Cada parte de este libro está pensada para ayudar a predicadores y comunicadores en cualquier esfera de influencia de la vida, y aun cuando me refiero a predicadores, realmente creo que este libro puede ayudarte en tu comunicación diaria: desde tu casa, con tu familia, hasta en tu trabajo y con tus amistades.

Sé que estás más que listo para seguir adelante y aprender cómo predicar y comunicar, pero permíteme un poco más de «locura».

Permíteme tomar unas líneas para honrar a todos los predicadores: viejos y jóvenes, tradicionales y modernos, urbanos y rurales, de multitudes o de pequeños grupos, elocuentes y sencillos, con pelo o sin pelo, casados y solteros... ¡hombres y mujeres por igual! Gracias por dar su vida para predicar el Evangelio. Gracias por

**CUANDO TIENES
UN LLAMADO HACES
LO QUE HACES PORQUE
ESTÁS OBEDECIENDO
EL PROPÓSITO DE DIOS**

las horas de estudio, oración y meditación para escuchar la voz de Dios y compartirla con tanta gracia. Gracias por no permitir que ataques o tentaciones los desvíen de su llamado. Gracias por modelar una vida que refleja lo que predicán. Sus voces son necesarias y están haciendo la diferencia. Oramos para que juntos veamos el mayor despertar de la historia y podamos entregarle a Jesús una gran herencia entre las naciones.

¡Qué momento de la historia para ser predicador!